



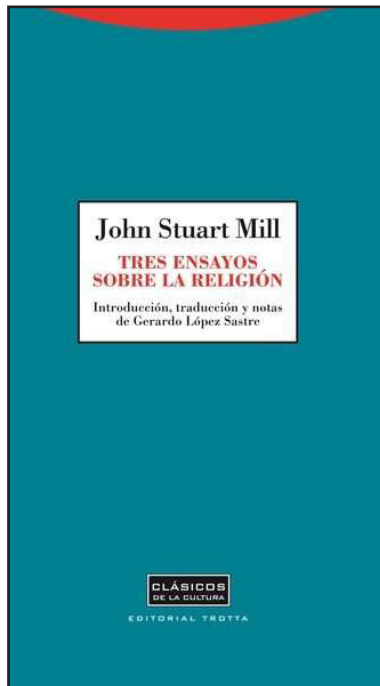
## Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 21 (2015)

John Stuart MILL (2014), *Tres ensayos sobre la religión*, introducción, traducción y notas de Gerardo López Sastre, Madrid, Trotta, 196 pp.



Cuando un historiador de la filosofía se acerca a los textos clásicos sin más bagaje que las técnicas de la erudición, no solo anquilosa el pensamiento de los autores sino que desanima a quienes los leen. Por el contrario, cuando un filósofo de verdad, lleno de pasión y entusiasmo, interpreta, traduce o lee los escritos de sus antecesores, los hace vivir de nuevo con la misma fuerza con la que salieron de las manos de sus creadores, colmándolos de matices, ecos, belleza, sensaciones, desafíos e ideas. Lo que trae como inevitable consecuencia el contagio al lector del arrebato, colmándolo de la fuerza conmovedora de la curiosidad y el amor a la sabiduría, que siempre se traduce, cuando es verdadera y no una estafa, en acción y vida.

Gerardo López Sastre, especialista en la filosofía en lengua inglesa, es un claro ejemplo de lo segundo. Además de un excelente traductor (ha traducido también, por ejemplo, la *Investigación sobre los principios de la moral* de David Hume y los *Tres diálogos entre Hylas y Filonús* de Berkeley) es a la vez un filósofo lleno de sabiduría, humor y refinamiento intelectual, actitud a la que quizá lo hayan llevado sus intereses en la filosofía comparada, la filosofía china y la filosofía británica, entre otros campos. A ese posicionamiento como investigador, se unen, además, un carácter extraordinariamente calmado, un amplísimo bagaje cultural y una gran dosis de entusiasmo,

---

lo que tiene como efecto que sus estudios y traducciones sean ejercicios de un trabajo minucioso unido a una interpretación inteligente, compleja y muy fértil. Basta leer sus constantes referencias, además de a la filosofía, a la novela, la poesía, la economía, el derecho, la historia, la política, etc. (en el caso de este libro que reseñamos, por ejemplo, pp. 14, 19, 21, 25 y 32 de la *Introducción* y pp. 59, 71, 66, 96 y 123 de la traducción, en las notas); los constantes interrogantes con los que interpela al lector (aquí, pp. 9 y 12, entre otras) o los comentarios en los que se apropia de los razonamientos del autor para hacerlos propios y llevarlos más lejos (p. 32, entre otros lugares: «...y continuando el argumento de Mill por nuestra cuenta...»); o bien reparar en el cuidado con el que busca respetar el *carácter* del autor en sus traducciones (expresada esa intención en el libro que reseñamos en p. 47 y 72); basta una aproximación consciente a estos casos, decía, para hacerse una idea de lo que afirmo.

El trabajo que presentamos aquí está formado por una «Introducción» (pp. 9-47) de López Sastre a *Tres ensayos sobre la religión*, de John Stuart Mill, y la traducción de los mismos propiamente dicha (pp. 51-196), incluida la Nota Introductoria de Helen Taylor a la edición de J. M. Robson (*The Collected Works of John Stuart Mill*. Toronto, University of Toronto, 1963-1987), de la que se traduce. Los tres ensayos recogidos en esta edición, escritos por Mill en diferentes etapas de su vida y traducidos y anotados aquí por López Sastre, son: *La Naturaleza* (pp. 55-92), *La utilidad de la religión* (pp. 93-124) y *El teísmo* (pp. 125-196). En ellos, en su conjunto, el filósofo «se pregunta sobre la posibilidad de la existencia de un Dios que habría ordenado el mundo, sobre la inmortalidad del alma, sobre la utilidad de la religión tanto a nivel social como individual, sobre el papel de la esperanza y la imaginación y sobre la importancia de construir una Religión de la Humanidad que pudiera dar sentido a la vida humana frente a la amenaza que la finitud presenta» (contraportada).

Mill, que no había tenido una educación religiosa y a quien su padre había enseñado a pensar por sí mismo, se interroga en ellos en suma, intentado apartar a un lado las adherencias erróneas y los prejuicios que ensombrecen una consideración limpia del asunto, sobre la cuestión que él considera esencial: «¿en qué sentido —si es que hay alguno— la religión es un elemento útil en el desarrollo de nuestras vidas tanto a nivel social como individual?» (p. 10).

La actualidad del problema abordado es innegable, y resulta especialmente interesante la honestidad con la que Mill aborda la cuestión, sometiéndola a un análisis racional pensando en la felicidad del hombre. Porque, como López Sastre señala, quizá la religión de Mill era el propio Utilitarismo: «Pues bien, ¿hasta qué punto el utilitarismo —o cualquier otra ideología secular— puede convertirse en una verdadera religión? ¿Hay algún aspecto o dimensión en el que no pueda darnos lo mismo que nos proporcionaba el cristianismo? E, igual de importante, ¿sobrevive algo de las creencias religiosas tradicionales una vez que son examinadas científicamente? Es en este ámbito de preguntas donde han de situarse estos *Tres ensayos sobre la religión*. Los mismos desafiaban abiertamente las creencias cristianas más importantes. No es, entonces, extraño que en su momento tuvieran un gran impacto e influencia; y nuestra opinión es que su interés no ha disminuido con el paso del tiempo» (p. 12).

Los ensayos fueron escritos en distintos momentos de la trayectoria intelectual de Mill. Los dos primero, entre 1850 y 1858, un intervalo temporal en el que se redactaron también otros ensayos sobre la justicia, sobre la utilidad y sobre la libertad; el tercero, entre 1868 y 1870, pero sin que las ideas de su autor hubiesen experimentado en ese lapso de tiempo entre unos y otro un cambio sustancial. De ahí que puedan ser leídos como un conjunto homogéneo en el que se utiliza además el mismo método de investigación,

---

tomado de Sócrates y Platón: la depuración crítica de la falsa filosofía y la falsa moral mediante un riguroso análisis terminológico y conceptual que retira adherencias erradas y prejuicios de la consideración sensata (rigurosa, científica y orientada por el sentido común) de las cosas, y una preferencia por validar lo universal en lo particular (pp. 55 y 56). En la Introducción, López Sastre los dota de una amplia contextualización y lleva a cabo un análisis del contenido de cada uno de ellos muy útil para el lector, implicando a este no solo en la comprensión del pensamiento de Mill, sino en el pensar los mismos problemas desde la perspectiva y utilidad presentes.

En el primer ensayo, *La Naturaleza*, Mill expone un conjunto lúcido de observaciones relativas a las falacias que se esconden en diversos tipos de razonamientos relativos a «la variedad casi infinita de modos y ocasiones en que la idea de conformidad con la Naturaleza se introduce como un elemento en la apreciación ética de las acciones y disposiciones». Reconoce además que «el mismo prejuicio favorable acompaña a la palabra “Naturaleza” en las numerosas acepciones que se emplea como un término distintivo para ciertas partes de la constitución de la humanidad en contraste con otras» (p. 88). Se habla así de actuar «conforme a la Naturaleza», de «impulsos o instintos naturales», de comportamientos «contrarios a la naturaleza», de la necesidad de respetar «las Leyes de la Naturaleza», etc. y se extraen falsas consecuencias para la orientación moral de los hombres, algunas de ellas irracionales e inmorales, e incluso contrarias al progreso humano. El presupuesto subyacente es que existe un Dios que sostiene esa Naturaleza divinizada, lo que lleva a su vez a contradicciones insostenibles. La conclusión de Mill será que «la conformidad con la Naturaleza no tiene ninguna conexión con lo correcto o lo incorrecto. La idea nunca puede introducirse de una manera apropiada en las discusiones éticas, excepto ocasionalmente y de manera parcial» (p. 90). Para concluir finalmente: «el plan de la Naturaleza, considerado en toda su extensión, no puede haber tenido como su único objetivo, o incluso como el principal, el bien de los humanos o de otros seres sintientes. El bien que les proporciona es, en su mayor parte, el resultado de la actividad de los mismos. Cualquier cosa que en la Naturaleza indica un designio benéfico prueba que esta beneficencia solo está dotada de un poder limitado; y el deber del hombre es cooperar con los poderes benéficos, no mediante la imitación del curso de la Naturaleza, sino intentado continuamente enmendarlo, y haciendo que esa parte que puede controlar vaya poniéndose cada vez más en conformidad con una norma elevada de justicia y bondad» (p. 92).

En el segundo ensayo, *La utilidad de la religión*, Mill intenta responder a nuevos interrogantes relacionados con los anteriores. En concreto, a estas preguntas, en palabras de López Sastre: «¿Son necesarias para la humanidad las creencias religiosas? Esta pregunta puede concretarse en otra, ¿conduce la incredulidad al vicio y la inmoralidad? Y hay otra pregunta tanto o más importante, ¿es la ausencia de creencias religiosas fuente de infelicidad? Haciendo la pregunta a la inversa, ¿producen bienestar personal y social las creencias religiosas? ¿Mejoran la naturaleza humana? O, por el contrario, ¿no han sido otros aspectos de nuestra naturaleza los que han tenido que mejorar la misma religión?» (p. 28). Porque en opinión de Mill, como pone de manifiesto al comienzo de este ensayo, la cuestión de la verdad de las religiones ha dejado a un lado otra que a él le parece aún más importante, la de su utilidad para el hombre; que es además independiente de aquella, dado que «es perfectamente concebible que la religión pueda ser útil moralmente sin ser intelectualmente sostenible» (p. 95), según consideraría años más tarde también William James.

No existe, en opinión de Mill, una clara relación entre religión y perfeccionamiento y progreso moral, pues fácilmente pueden encontrarse, se da cuenta, tanto numerosos ejemplos de efectos perniciosos de las religiones como igual de numerosos de las cosas

---

buenas que el hombre ha sabido alcanzar sin necesidad de las mismas, «grandes mejoras que alguna vez se han hecho en los sentimientos morales de la humanidad» (p. 97) sin religión que las sostuviese. Aún así, desea centrarse en dos cuestiones básicas: «¿Qué hace la religión por la sociedad? Y ¿qué hace por el individuo?» (p. 97). Tras analizarlas a fondo, concluirá en relación a la primera que el efecto positivo que las religiones pudiesen tener en la modulación de las conductas y mentes de los hombres se debe a circunstancias tales como la autoridad, la educación de cada individuo en valores y creencias que son compartidas dentro de un grupo, y el factor de constrictión que constituye la opinión pública en cuanto sancionadora mediante instrumentos tales como el miedo a la pérdida de la reputación, la exclusión del grupo, o por el contrario el reconocimiento, etc. Unos efectos que tendría cualquier sistema de creencias morales que viniese organizado de la misma forma, aunque no fuese una religión convencional. De ahí que él proponga una Religión de la Humanidad basada en la valores como la solidaridad, «el sentido de unidad con la humanidad y un profundo sentimiento por el bien general» (p. 116), que evitase los aspectos negativos para las libertades de los hombres de las religiones establecidas por entonces.

En relación a la segunda cuestión, la de si la religión hace o no felices a las personas y qué utilidad tiene para sus vidas (un tema que Mill analiza con una gran sensibilidad y sutileza), concluirá también tras su análisis que una Religión de la Humanidad se muestra igualmente superior en este aspecto a las religiones convencionales; aunque la misma podría ser compatible con una lectura amable del cristianismo que realmente pudiese tener un efecto ennoblecedor sobre las personas. Sin embargo, existe un aspecto en el que las religiones que aseguran una vida después de la muerte son insustituibles en su utilidad: su efecto consolador cuando imaginamos el reencuentro en ella con nuestros seres queridos, un probable autoengaño respecto al cual Mill manifiesta un exquisito respeto. Así, la utilidad de las religiones que el filósofo reconoce en este aspecto no se refiere al mero hecho de la creencia en una existencia más allá de esta, porque una vez dignificada en este mundo la vida de los hombres mediante una Religión de la Humanidad, el consuelo de la otra no sería tan necesario: «La mera terminación de la existencia no es un mal para nadie; la idea solo es temible a través de la ilusión de la imaginación, que hace que uno se conciba a si mismo como si estuviera vivo cuando se considera muerto» (p. 123). Es la creencia protectora en que se volverán a ver a los seres queridos, que palia el desgarramiento existencial ante la desaparición de los seres amados.

El tercer ensayo, por el contrario, tendrá un enfoque muy diferente, aunque sus ideas son perfectamente coherentes con los anteriores, a pesar del tiempo transcurrido. En *El teísmo*, Mill se propone «tratar el tema de la religión como un asunto estrictamente científico» (López Sastre, p. 41). Y en este enfoque, dos serán las cuestiones que se planteará: «¿Es la teoría que refiere el origen de todos los fenómenos de la Naturaleza a la voluntad de un Creador consistente o no con los resultados que proporciona la ciencia? En segundo lugar, asumiendo que sea consistente: ¿soportarán sus pruebas el que se las examine de acuerdo con los principios de evidencia y los cánones de la ciencia por los que nuestra larga experiencia de investigación científica ha probado que es necesario guiarnos?» (p. 130). Nada más comenzar su argumentación, Mill confiesa que hay una concepción del teísmo que es coherente con las verdades más generales de la ciencia, mientras que hay otra radicalmente inconsistente desde este punto de vista: esta última sería aquella según la cual existe un Dios que gobierna el mundo «mediante actos de voluntad variables», mientras que la primera, la hipótesis realmente sostenible desde el punto de vista científico, sería «la concepción de un Dios que gobierna el mundo mediante leyes invariables» (p. 130). Ahora bien, de ahí no puede derivarse sin más una ratificación del teísmo: «ahora

---

debemos, sin embargo, pasar a la siguiente pregunta. No hay nada que refute la creación y el gobierno de la Naturaleza mediante una voluntad soberana; pero ¿hay algo que lo pruebe? ¿de qué naturaleza son sus evidencias? Y, pesadas en la balanza científica, ¿cuál es su valor?» (p. 131).

El filósofo analizará en la primera parte de su tercer tratado los diferentes argumentos al respecto, abordando en la segunda, tercera, cuarta parte otros elementos del teísmo tales como los atributos de la Deidad, la inmortalidad del alma y la Revelación, para concluir en la quinta parte, entre otras cosas: «Sobre la base del resultado del examen precedente de las evidencias del teísmo, y (presuponiendo el teísmo) de las evidencias de cualquier Revelación, se sigue que la actitud racional de una mente pensante hacia lo sobrenatural, en la religión natural o en la revelada, es la de escepticismo, en tanto que distinta de la creencia, por una parte, y del ateísmo, por la otra» (p. 188). Aunque la esperanza, la imaginación y los sentimientos arrastren a veces al hombre, comprensiblemente, hacia el consuelo en la otra dirección.

Cinta CANTERLA